

TIERRA SIN REY

LUIS ZUECO



Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: *Tierra sin rey*
Autores: © Luis Zueco

Copyright de la presente edición © 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-524-4
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-525-1
ISBN Digital: 978-84-9967-526-8
Fecha de publicación: Septiembre 2013

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-22685-2013

*A todos aquellos que persiguen sus sueños,
por imposibles que estos parezcan.*

ÍNDICE

Prólogo	13
1209, La Cruzada	17
1	19
2	26
3	31
4	38
5	47
6	63
7	69
8	73
9	80
10	82
11	92
12	96

1210, La fortaleza.....	99
13.....	101
14.....	105
15.....	110
16.....	116
17.....	123
18.....	132
19.....	139
20.....	147
21.....	152
22.....	156
23.....	162
24.....	168
25.....	174
26.....	183
27.....	185
28.....	190
29.....	199
30.....	206
31.....	208
32.....	212
33.....	216
34.....	219
35.....	226
36.....	233
37.....	240
38.....	246
39.....	251
40.....	254

1211, el condado de Tolosa.....	263
41	265
42	270
43	273
44	277
45	283
46	286
47	289
1212, el rey cruzado	293
48	295
49	298
50	303
51	311
52	316
53	325
54	329
1213, Muret.....	335
55	337
56	342
57	347
58	354
59	359
60	367
61	373
62	383
63	389

Epílogo.....	399
Notas del autor.....	403
Glosario de personajes	409

PRÓLOGO

A lo largo de los siglos hay acontecimientos puntuales y personajes concretos que cambian para siempre el devenir histórico. El 12 de septiembre de 1213 el rey Pedro II de Aragón encabezaba un ejército formado por aragoneses, catalanes y todos sus vasallos del País de Oc.

Un rey apodado «el Católico», coronado por el papa Inocencio III en Roma, vasallo de la Iglesia y victorioso en la batalla de Las Navas de Tolosa contra los infieles, se enfrentaba al ejército de la Santa Cruzada. ¿Qué había podido provocar tal incoherente situación?

Hay muchos secretos escondidos tras la leyenda de aquella épica batalla. Historias de reyes, nobles, caballeros, clérigos, hombres y mujeres que fueron oscurecidas por el velo del tiempo.

La ambición es un arma poderosa en manos de un rey. Un monarca con un sueño que hubiera cambiado para siempre la historia. Un soberano aragonés que pretendió crear un reino a ambos lados de los Pirineos. Un increíble proyecto de unión política de catalanes, aragoneses y occitanos, que creó la efímera Gran Corona de Aragón. Un soñador que puso todas sus esperanzas en un combate campal contra las huestes cruzadas frente a las murallas de la ciudad de Muret.





Corona de Aragón y Languedoc a principios del siglo XIII.

1209

La Cruzada

1

Fortaleza de la Orden del Temple en Monzón, marzo de 1209

Las cumbres de los Pirineos estaban cubiertas de nieve y el viento proveniente del norte soplaba helado, el sol apenas se veía, oculto tras un espeso manto de nubes. Los árboles mostraban su desnudez y sólo las aves rapaces surcaban el cielo en busca de alguna víctima.

Sentía un profundo frío.

Sobre sus calzas, que se amoldaban a las piernas desde los pies hasta la parte alta de los muslos, llevaba una saya de lana que le cubría también las rodillas. Ceñida con un cinturón que le había dado su padre hacía muchos años. Intentando aparentar mejor linaje, se abrigaba con una capa semicircular, agarrada al cuello mediante cuatro cordones, que atravesaban sendos ojales y colgaban a ambos lados del pecho.

Cruzó la puerta de entrada al castillo, custodiada por dos caballeros con la cruz del Temple en las sobrevestas. Subió por la empinada cuesta empedrada hasta el recinto superior, donde media docena de caballeros, armados con lanzas y escudos, vigilaban las murallas de la fortaleza de Monzón. La iglesia estaba a la derecha del patio de armas, a la izquierda dos construcciones palaciegas y en el centro una esbelta torre con un aparejo que le recordaba la espina de un pez. En lo alto pudo ver como ondeaba orgullosa una bandera con las barras de la casa real.

—El rey os espera. —Resonó una voz detrás de él.

Se volvió y observó a un caballero templario, una cabeza más alto que él y con un cuerpo inmenso, casi desproporcionado. Llevaba el pelo muy corto, como ordenaba su orden. Su rubia barba protegía parte de su rostro, de piel pálida como la nieve.

Le extrañó que fuera un miembro de la Orden del Temple quien le recibiera y no uno de los soldados reales. Había oído historias increíbles de los templarios en Tierra Santa. Bravos caballeros, de una disciplina y coraje sin igual. Sin miedo a la muerte, en ocasiones tenían fama de temerarios. El de Monzón era su castillo más importante en el Reino de Aragón y aunque era habitual que el rey lo utilizara, dada su ubicación central en el conjunto de sus territorios, se sentía incómodo vigilado por aquellos monjes guerreros.

—Que no te impresionen estos templarios —murmuró un caballero que apareció detrás de él—. Yo soy Miguel de Luesia, mayordomo de su alteza, Pedro de Aragón. El rey quiere veros, seguidme.

Sin duda, era un noble importante, vestía un brial —una túnica larga hasta los talones y de mangas estrechas— con los puños adornados; y sobre él un pellizón de pieles de cordero, más corto y con las mangas más amplias.

Subió por una escalera exterior de madera hasta la puerta de entrada a la torre y después por otra de piedra que llegaba a la planta noble. Allí se encontró con cuatro soldados de la guardia personal del monarca.

Tras cruzar el umbral halló a un clérigo y dos nobles más, posiblemente consejeros reales. Era una sala sin decoración en los muros. Junto a un fuego pudo ver la inconfundible silueta de su alteza, Pedro el Católico, coronado por el papa en Roma hacía ya cuatro años. Rey de Aragón, conde de Barcelona y, desde su matrimonio con la reina María, señor de Montpellier. Aunque estaba sentado en un sillón cubierto con pieles, su gran altura se mostraba imponente. Decían que a pesar de su envergadura no llegaba a las proporciones de su primo, Sancho VII de Navarra, de quien contaban que era casi un gigante. Nunca se había imaginado que tendría el honor de conocer al monarca.

Se acercó al fuego y se inclinó. Su alteza era un hombre corpulento, con un cuidado bigote, pelo largo y castaño, nariz armoniosa, con ojos vivos y brillantes. Llevaba una capa roja, con cordajes trenzados de hilos de oro y seda, forrada de lujosas pieles.

Por todos era conocida su fama de valiente guerrero, a veces temerario. Su pueblo lo amaba con devoción, se decía que tenía un carisma que recordaba al legendario rey Alfonso el Batallador.

—¿Vos sois Martín de Arrés?

—Así es, alteza, el obispo de Jaca me envía.

Pedro el Católico giró su rostro hacia él. Le observó detenidamente sin decir nada e hizo un gesto con su mano, que fue de inmediato interpretado por todos los presentes. Los cuales abandonaron la sala, dejando al joven jaqués a solas con el monarca.

—El obispo habla excelencias de vos, ha elogiado ampliamente vuestra inteligencia en sus cartas, el dominio de varias lenguas y el hábil manejo de las armas.

—Temo que se ha excedido en sus elogios. No creo que se me pueda considerar un hombre inteligente, alteza.

—Vuestra modestia demuestra que el obispo no se equivocaba. —Se levantó del sillón y su tamaño le impresionó profundamente, nunca había visto a un hombre tan alto como él.

El rey cogió una espada que había junto al fuego y se la tiró a Martín, quien a duras penas pudo atraparla sin que cayera al suelo. Cuando el joven se estabilizó de nuevo, el monarca había desenvainado su propia arma y se dirigía directo hacia él.

—¡Defendedos!

—Pero...

—¿Acaso osáis desobedecer a vuestro rey? ¡Defendedos!

Pedro II de Aragón lanzó un golpe de espada directo hacia la cabeza de Martín, quien por instinto pudo agacharse y esquivarlo. Desenvainó y colocó su hoja entre el monarca y su cuerpo. Frente a él, el rey había bajado la guardia y la punta de su espada rayaba el suelo de madera de la sala. Fue sólo un instante, a continuación el monarca aragonés alzó de nuevo su arma y atacó a Martín. Quien bloqueó con dificultad las investidas de Pedro II, que hacía valer su corpulencia y tamaño para proporcionar una violencia fuera de lo común a sus golpes. Fue en aquel momento cuando Martín entendió que ni debía ni podía vencer a su rey, así que tendría buscar la manera de salvar su vida con alguna astucia.

Buscó en la sala alguna ventana, sólo unas delgadas saeteras rasgaban los gruesos muros de piedra. Se apresuró en localizar la puerta y al hacerlo comprobó que esta se encontraba cerrada. Además, el rey estaba en esa trayectoria, por lo que tenía que buscar otra alternativa. El monarca volvió a la carga, las espadas chocaron hasta media docena de veces. En la última de ellas, el arma de Martín resbaló de su mano y voló fuera de su alcance. El rey, lejos de detenerse, atacó de nuevo. Esta vez el joven parecía perdido.

Entonces vio un escudo dorado en una de las paredes y corrió hacia él. Estaba a mucha altura pero no dudó en coger impulso y dar un acrobático salto hasta alcanzarlo y caer con destreza. Justo se giró para bloquear otro ataque del monarca, que lo intentó hasta tres veces más, chocando en todas ellas con el recio escudo. Se detuvo a coger aire y esto lo aprovechó Martín para ir hacia el fuego. El rey volvió a la carga y se estrelló de nuevo contra el escudo, en ese mismo momento el joven jaqués cogió una de las astillas del fuego y con ella prendió la capa del monarca de Aragón que rápidamente empezó arder. Pedro II se deshizo de ella y apagó el fuego que la prendía con su bota de cuero. Martín se adelantó y cogiendo el escudo con las dos manos golpeó con

todas sus fuerzas el arma del monarca, que la sujetaba con una sola mano y que no pudo resistir el golpe. La espada se deslizó entre sus dedos y cayó lejos de su alcance.

Frente a él, Martín todavía intentaba recuperar el aliento por el esfuerzo realizado. El rey lo miró fijamente, serio y callado. Alzó la vista para buscar su acero, que permanecía sobre el suelo de madera, en una de las esquinas de la sala.

—Bien, veo que os sabéis defender —afirmó el monarca entre risas—, el obispo no exageraba. Venid aquí, tranquilo, que no os voy a matar.

—Alteza, perdonad.

—No hay nada que perdonar —intervino mientras iba a la mesa y servía dos copas de vino, una de las cuales aproximó a Martín.

—¿Habéis entrado en combate?

—Sí, alteza.

—¿Contra los sarracenos?

—Así es, luché contra ellos cerca de Tarragona —respondió mientras cogía la copa y daba buena cuenta del vino—. Fui apresado y llevado a Córdoba, allí estuve cautivo tres años. Hasta que logré escapar.

—¿Y vos sólo cruzasteis todo el territorio almohade?

—Desde Córdoba hasta Zaragoza. —Y dio un buen trago a la copa de vino.

—¿Cómo es posible? —inquirió el rey sorprendido.

—Fueron muchas noches de caminata, y con ayuda de Dios pude esconderme de las patrullas almohades. Sé camuflarme bien entre la gente, y con suerte encontré alimento en varias ciudades. Me ocultaba de día y caminaba de noche. Vestía ropas moras, incluso me hice pasar por judío en ciertas ocasiones.

—¡Judío! Sin duda el obispo de Jaca me ha enviado a un hombre curioso, de eso no hay duda. Para pasar desapercibido como judío, tenéis que conocer sus costumbres, ¿quién os las enseñó?

—Mi tío, fue monje del monasterio de San Juan de la Peña. Pero sobre todo es un hombre sabio, no conozco a nadie que haya leído tantos libros como él. Todo lo que ha aprendido de ellos me lo ha intentado enseñar a mí —explicó orgulloso Martín—. Desde que regresé de Córdoba trabajo para él en la catedral de Jaca, el obispo es amigo suyo.

—¡Libros! Entiendo, sentaos —ordenó señalando una silla de madera que había tirada en el suelo, como consecuencia del enfrentamiento. Martín la levantó y obedeció al monarca.

—¿Habéis estado al otro lado de los Pirineos?

—No, alteza.

—Pero habréis oído hablar de esas tierras, ¿no? El papa está meditando convocar una Santa Cruzada para limpiarlas de herejes.

—Todo esto se escapa de mi entendimiento, alteza. —El aragonés se mostraba dubitativo, intentó no mirarle fijamente en ningún momento, sus ojos no le obedecían y tenía que hacer grandes esfuerzos para no caer en la tentación.

El rey dio un trago a la copa de vino y se dirigió de nuevo hacia el fuego.

—¿Sabéis quiénes son los cátaros?

—He oído hablar de ellos, son herejes. Invocan al diablo, realizan rituales, besan el culo de los gatos —el rey no pudo evitar reír con el último comentario—, queman recién nacidos para utilizar sus cenizas en adoraciones a Lucifer.

—Escuchad, Martín, nunca he sido favorable ni tolerante con los cátaros. En el año 1194 mi padre, el rey Alfonso II, ya estableció unas ordenanzas contra la herejía cátara y cuatro años más tarde, en Gerona, yo mismo me pronuncié en el mismo sentido. Apelando a que todos mis vasallos persiguieran a los herejes, que serían encarcelados en prisión, se les confiscarían sus bienes e incluso serían llevados a morir en la hoguera si fuera necesario. Hice también caso a los requerimientos del papa y celebré un coloquio en Carcasona, en el cual los cátaros expusieron su doctrina frente a los legados católicos; después de escuchar a unos y a otros, reconocí que eran unos herejes.

—¿Quién va a dudar de vos, alteza? El propio papa os coronó rey en Roma.

—La política no es tan sencilla. Los cátaros se llaman a sí mismos hombres buenos, no se diferencian mucho de los católicos, no tienen ambiciones materiales e incluso no desean procrear descendencia y están reducidos únicamente al Languedoc. Y, sin embargo, el papa ha convocado una Cruzada contra ellos, ¿por qué? ¿Qué peligro pueden suponer para la Iglesia?

—Supongo que el sumo pontífice sabrá cosas que nosotros no sabemos.

—Habláis con inteligencia —comentó el rey satisfecho—, ¿el qué?, ¿qué sabe él que nosotros ignoramos?

—Lo desconozco. Se dicen muchas cosas de ellos.

—Efectivamente, se murmura demasiado. Pero, ¿quién las dice? ¿Alguien ha visto alguna vez esos supuestos rituales? ¿Esas adoraciones y esos conciliábulos?

Martín no respondió, intentaba entender al rey y vislumbrar qué tenía que ver todo aquello con él.

—Debemos ser cautos. No creo esas barbaridades sobre ritos con el diablo, aunque sí pienso que ocultan algo.

Pedro el Católico se acercó al fuego y echó un nuevo tronco de los que se amontonaban a su derecha, después avivó las llamas con ayuda de un largo palo de madera.

—Quiero que viajéis al condado de Foix —expresó el rey, a continuación lanzó un pequeño objeto a Martín—. Iréis a la casa de un perfecto cátaro lla-

mado Antoine. La encontrarás fácilmente porque se encuentra frente a la fortaleza del conde y tiene una cruz patada cuyos brazos terminan en tres puntas. La cruz sólo tiene dibujado el contorno y las puntas terminan en círculos rellenos —explicó con detenimiento—: le enseñareis lo que os acabo de dar y le diréis que pertenecía a vuestro antiguo maestro. Que venís de Jaca y que vuestro maestro era un hombre mayor que os había iniciado en el catarismo. Lamentablemente ha muerto de una enfermedad y vos queréis continuar con las enseñanzas que él empezó.

—Alteza, no entiendo. ¿Para qué queréis que haga todo eso?

—Porque quiero saber quiénes son realmente esos herejes. Conocer lo que piensan y por qué actúan de esa extraña manera. Comprender por qué el papa los odia tanto como para querer convocar una Cruzada y, sobre todo, deseo saber qué esconden, qué ocultan, qué teme Inocencio III. Es de vital relevancia para el futuro de la Corona, para lo que tengo proyectado para ella. Vivimos tiempos de cambio, el inicio de una nueva época para la casa de Aragón. Llegado el momento, preciso que todas las piezas encajen y los cátaros son una de ellas. Por eso necesito averiguar qué ocultan, porque puede serme extremadamente útil, querido Martín.

—¿Por qué me habéis elegido a mí, alteza?

—Busco un hombre capaz de defenderse en territorio enemigo, que pueda pasar desapercibido y que tenga recursos para salir adelante. Con experiencia militar, dominio de varias lenguas y también que sepa interpretar las Sagradas Escrituras. Que haya nacido en una zona fronteriza con el Languedoc, ¿habláis la lengua de oc?

—Un poco, tengo más conocimientos de catalán, provenzal y de la lengua de los francos.

—Entonces no tendréis problemas con la lengua de oc. Es esencial que podáis comunicaros fácilmente con ellos y necesito que uséis la inteligencia, en el Languedoc os será más útil que la fuerza. Además, ¿conocéis muchos libros! No creo que haya nadie mejor que vos para esta misión. —El monarca se aproximó tanto a Martín, que este sintió vergüenza de estar tan cerca de su rey—. Esto no debe saberlo nadie, ¿entendido?

—Por supuesto, alteza.

—Si caéis capturado u os torturan debéis guardar silencio. Vos nunca estuvisteis aquí y jamás habéis visto al rey de Aragón. Esta misión que os encomiendo es de suma trascendencia para el futuro de la Corona. Debéis entender que si todo sale como he planeado, pronto, todo el Languedoc... —El rey miró de reojo a Martín y pensó mejor lo que iba a decir—. No puedo permitir que nadie administre justicia entre mis súbditos, sólo yo tengo ese derecho y esa obligación —se lamentó el rey—, pero tampoco puedo ir contra la obediencia del papa.

—Os juro que haré todo lo que esté en mi mano, alteza. —Martín se llevó la mano al pecho.

—Ahora partid hacia Foix, cruzad por Benasque y recordad todo lo que os he dicho. Quiero saber cualquier detalle, por insignificante que este sea, sobre esos cátaros. Cómo viven, qué piensan, qué rezan, cuáles son sus objetivos, sus ambiciones y, sobre todo, sus secretos. —El rey sacó una cruz dorada de su pecho y la acarició—. Es una época difícil esta que nos ha tocado vivir. Los musulmanes avanzan desde Córdoba y amenazan con expulsarnos de nuevo a las montañas. Una herejía crece en el corazón de la cristiandad, las traiciones e intrigas están a la orden del día. El rey de Francia está en lucha contra los ingleses y el emperador. ¿Qué más desgracias podrían suceder?

—Es un momento de crisis, alteza, debemos de resistir.

—No me gusta permanecer a la expectativa. Los grandes imperios no se formaron resistiendo, sino pasando a la acción, ¡atacando! Este caos en el que vivimos es una ocasión única para ampliar las fronteras de la Corona de Aragón. Nuestros enemigos son poderosos y por eso necesito esa información, Martín.

—Una vez que esté allí, ¿cómo me pondré en contacto con su alteza?

—No os preocupéis, existen medios.

Martín no entendió la respuesta, pero por el rostro del rey supo que era mejor no seguir preguntando.

—Ahora marchad y que Dios os ayude.

El joven jaqués entendió perfectamente que la audiencia había terminado, se levantó, hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirla se detuvo.

El joven abandonó la sala noble de la torre y bajó las escaleras de madera hasta la puerta de acceso. Allí estaba Miguel de Luesia junto a los cuatro caballeros armados de la guardia personal del monarca.

—Desconozco qué os ha ordenado y no quiero saberlo. Por vuestro bien espero que cumpláis con vuestro cometido, se acercan tiempos difíciles para la Corona. Nuestros enemigos nos rodean por el norte y el sur. Por suerte, el mejor de los reyes se sienta en el trono de Aragón.

—Cumpliré sus órdenes aunque me cueste la vida.

Antes de que Miguel de Luesia dijera nada más, apareció de nuevo el corpulento caballero templario que lo había recibido. Guiaba a otro joven delgado y rubio, que apenas llevaba unas finas pieles como abrigo ante el frío.

—Suerte, muchacho, como podrás ver, el rey tiene más visitas.

Martín se despidió con un gesto y cruzó la mirada con el visitante que acababa de llegar, tenía los ojos azules como el cielo y la mirada oscura como la noche. Continuó caminando y abandonó el castillo de Monzón.

2

Tolosa, abril de 1209

Las gotas de lluvia caían como puntas de flecha, de manera espesa y pesada. El viento del este entraba de costado por las calles de Tolosa, haciendo que nadie osara salir de su hogar. Una figura caminaba descalza, oculta tras un manto con el que se protegía a duras penas de la tormenta. Llamó al portón de la colegiata de San Saturnino. La puerta de madera se entreabrió lentamente y detrás apareció un joven monje con hábito blanco, de rostro sereno, facciones angulosas y con la tonsura marcada en su cabello. Tenía la mirada apagada y los labios delgados, como si sólo fueran un boceto inacabado. Dejó pasar al visitante y volvió a cerrar.

—Os están esperando —pronunció con un susurro de voz, y avanzó por la nave central.

El nuevo invitado le siguió por el templo románico sin mediar palabra. El eco de sus pisadas rebotaba en los sillares de los muros y un frío húmedo penetraba hasta los huesos. Aunque los frescos de las paredes apenas se distinguían en la oscuridad, la decoración interior parecía austera. No obstante, una pintura mural iluminada por un cirio cercano captó la atención del viajero. Representaba a un toro subiendo una escalinata, que estaba tirando a su vez del cuerpo de un hombre atado por los pies y con una vitola de obispo en su cabeza.

—El martirio de san Saturnino, fue el primer obispo de nuestra ciudad —comentó el monje blanco al verle interesado.

Él sabía perfectamente quién era el santo martirizado en época romana. Los paganos de Tolosa quisieron obligar al obispo a sacrificar un toro en honor de Júpiter. Sin embargo, él se negó. Los paganos lo castigaron atándole al toro y picaron a la bestia para que corriera por las escalinatas del templo del dios romano. El cuerpo de san Saturnino fue despedazándose a lo largo de la carrera del animal. Cuando este se detuvo, el santo quedó muerto, desfigurado y abandonado; hasta que unas piadosas mujeres se apiadaron de él y lo enterraron en una profunda fosa. Un siglo después, fue descubierta su tumba y allí mismo se construyó una pequeña capilla con sus reliquias que fue transformada en el inmenso templo por el cual ahora caminaban.

Llegaron hasta el altar mayor, donde se abría una escalinata que conducía a una cripta. El joven monje le hizo un gesto para que descendiera, mientras él permaneció en la nave central. Con tenue luz, el visitante bajó uno a uno los estrechos escalones de piedra hasta llegar a una sala cerrada con sencillas bó-

vedas de crucería. Avanzó unos pasos y vio frente a él la reliquia que contenía la cabeza del santo.

—Me alegro de que hayas podido venir —las palabras emanaban de la oscuridad.

—Es difícil negarse a una invitación de Arnaldo Amalarico, abad del Císter —contestó mientras se quitaba el manto calado de agua y lo dejaba junto a una ménsula.

—En estas tierras actúo como legado papal además de representante de nuestra modesta orden, querido Domingo de Guzmán —respondió el aludido saliendo de entre las sombras de unas columnas.

—Más a mi favor. —El visitante se mantuvo sereno.

—Espero que este clima tan húmedo y distinto al de Castilla no afecte vuestra salud —comentó el legado papal, un hombre voluminoso, con una mirada pétrea e imponente.

—Llevo muchos años predicando por estas tierras y más al norte. —Domingo de Guzmán se secó las manos en su hábito—. La lluvia ya me es tan familiar como el sol que me vio nacer.

Otro clérigo apareció tras él, de mirada brillante las pupilas azuladas —casi grisáceas—, rostro agraciado y con el pelo largo cayendo hasta los hombros.

—Bienvenido a Tolosa —saludó el nuevo personaje, que portaba un anillo brillante en su mano.

—Obispo Fulco, siempre es un honor visitar vuestra ciudad. —Y Domingo de Guzmán se agachó para besar la joya, tal y como ordenaba el protocolo eclesiástico.

—Ya estamos los tres —Arnaldo Amalarico tomó el mando—. Tras la muerte de mi compañero Pierre de Castelnou, ahora soy el único legado papal en el Languedoc. Os he convocado aquí para informaros de que la Cruzada ya está en marcha. En breve Inocencio III enviará el edicto y hombres de todos los reinos de la cristiandad vendrán a luchar por Cristo.

—Excelente noticia. —El obispo de Tolosa abrió ligeramente los brazos mostrando las palmas de sus manos para después juntar las yemas de sus dedos a la altura de sus labios.

—Me hubiera gustado no tener que llegar a este punto —añadió Domingo de Guzmán con gesto triste—, he intentado por todos los medios predicar en estas tierras la palabra del Señor.

—Pero ha sido inútil. Estos malditos herejes no escuchan —intervino Arnaldo Amalarico con determinación—, hacen más caso a esos perfectos cártaros que a los sacerdotes católicos. Y yo me pregunto: ¿por qué? ¿Qué hemos hecho mal? ¿Qué hace que las gentes de estas tierras abracen esas enseñanzas del demonio?

—El origen del mal —musitó el monje castellano.

El obispo de Tolosa y el legado papal clavaron su mirada en el recién llegado.

—Esa es la clave de todo, el origen del mal.

—¿Qué estáis diciendo? —El obispo de Tolosa, perplejo, parpadeó dos veces— ¡El origen del mal!

—Este mundo en que vivimos es cruel, las gentes pasan hambre, mueren de extrañas enfermedades, hay guerra, odio y muerte. Nosotros, los sacerdotes, somos los encargados de tranquilizarlos; afianzar su fe, asegurarles que existe Dios, un Dios bueno. Y que si obedecen las Santas Escrituras, Él lo tendrá en cuenta el día de su muerte.

—Es una forma demasiado peligrosa de resumir la sagrada función del clero, ¿a dónde queréis ir a parar? —inquirió el obispo.

—Les decimos que existe Jesucristo, un único Dios, que es bueno y misericordioso, que es la luz y la verdad, y ellos nos creen —Domingo de Guzmán se detuvo unos instantes—. Pero entonces, ellos en su ignorancia se preguntan: si hay un solo Dios, ¿cuál es el origen del mal?

El obispo tolosano y el legado papal no podían creer lo que estaban escuchando en boca del monje castellano, uno de los mejores predicadores de la Iglesia.

—El origen de todo mal es el pecado original, el libre albedrío —respondió el obispo Fulco entre aspavientos de desaprobación.

—Así es. Sin embargo, ellos no son gentes tan instruidas ni sabias como vos, obispo. Por lo que pueden llegar a la nociva y errónea idea de que, si existe Dios y él permite toda la maldad que hay en el mundo, es que no es un Dios bueno —aleccionó Domingo de Guzmán con serenidad.

—Dios creó al hombre con la facultad de escoger. Tiene la habilidad de pecar y la de no pecar —afirmó el legado papal sereno y firme—: puede elegir entre el bien y el mal. Es así de sencillo.

—Lo sé, eminencias, sólo intento ponerme en su piel, en la de un hereje.

—Cuidado con ese camino, Domingo —advirtió Arnaldo Amalarico a la vez que arqueaba sus cejas—, lo que debemos enseñar a esos que se han desviado de la ortodoxia, es que como resultado del pecado original, el hombre perdió su libertad, no su libre albedrío. El hombre es esclavo del pecado. Pero todavía tiene la facultad de escoger libremente, sin que lo fuerce nada ni nadie. Es su inclinación pecaminosa lo que provoca que sus deseos sean hacia el mal.

—Las mujeres —interrumpió el obispo Fulco y sus ojos azulados brillaron—, ellas son el problema. Lo corrompen todo con sus cuerpos y su sexualidad. Inducen a los hombres al pecado, como ya lo hizo Eva con Adán. Ellas trajeron el pecado original al mundo. Aquí, en el Languedoc, las mujeres gozan de excesiva libertad. Tanto que en algunas cortes mandan más que los hombres, ¡dónde se ha visto una cosa igual!

—Tenéis toda la razón, hay mujeres que no quieren ni siquiera casarse, desprecian el santo sacramento del matrimonio. ¡No podemos permitir tal barbaridad! —El legado papal negó con la cabeza, escandalizado con sus propias palabras.

—Y no olvidéis que muchas damas de la nobleza, a pesar de estar desposadas, se dejan cortejar por trovadores, que les componen canciones, les envían cartas de amor y las visitan en sus alcobas sin ningún pudor —graznó entre aspavientos el obispo Fulco—. Esos hombres acceden a sus juegos eróticos y sus manipulaciones.

—Obispo, no creo que vos seáis el mejor indicado para criticarlas, de sobra es conocido vuestro pasado como trovador —comentó el legado papal intentando dominar la agresividad del prelado tolosano.

Fulco dudó si responder, así que midió bien sus palabras.

—Eso fue hace mucho tiempo, legado —puntualizó el obispo—; y precisamente por ello las conozco y sé lo peligrosas que son.

—De todas formas, y volviendo a lo que nos interesa, creo que los herejes saben que el hombre es un pecador por naturaleza —recalcó Domingo de Guzmán de manera conciliadora—, esa no puede ser la única razón del problema, tiene que haber algo más que escapa a nuestro conocimiento y que provoca la ineficacia de la predicación de las Santas Escrituras.

—En eso estoy de acuerdo. —El legado papal dio varios pasos por el firme de la cripta hasta el relicario de san Saturnino—. Ese no puede ser el motivo de que la herejía esté descontrolada y campe a sus anchas en el Languedoc. Lo que no entiendo es por qué aquí no podemos controlarla como hemos hecho en el norte. —Y apretó sus puños—. Domingo, ¿cómo explicáis que en otras regiones cristianas la herejía apenas haya penetrado? En cambio aquí se extiende sin control alguno.

—No conseguimos erradicarla de ninguna manera —añadió el obispo de Tolosa—: ¿qué razón podemos dar al Santo Padre para este desastre?

—Quizás aquí encontramos mayor resistencia porque la nobleza los apoya, porque nuestro clero no está preparado para ganar los debates teológicos con sus perfectos, porque llegan mejor al pueblo con su mensaje claro y conciso.

—¿Y por qué aquí y no en ningún otro lugar? —insistió el legado papal.

—Puede que sea por el libro —sugirió el obispo de Tolosa para sorpresa de sus acompañantes.

—¿El libro? —Arnaldo Amalarico se mordió el labio inferior—. No pensaréis realmente que existe, ¿verdad?

—No lo sé, legado, aunque siendo sinceros, eso lo explicaría todo. Con su ayuda han podido persuadir a la nobleza, preparar a su clero y tener los argumentos para convencer al pueblo —el obispo Fulco mostraba seguridad en sus palabras—. Un libro así puede ser muy peligroso.

Un tenso silencio inundó la cripta.

—Si ese libro existe realmente, yo me encargaré de encontrarlo —espetó el legado papal, que miraba fijamente el relicario del santo—, pero ahora tengo que irme a París a organizar todos los preparativos de la Cruzada. Debemos estar en marcha nada más comenzar el verano. —Puso su mano sobre la cabeza de san Saturnino—. Fulco, encargaos de combatir la herejía aquí en Tolosa. Utilizad los medios que consideréis necesarios. El miedo, cultivadlo en la ciudad. Cuando se siembra, este siempre crece. Los hombres se encargarán de ello. El miedo una vez que germina se expande sin control.

—Sé cómo hacerlo —carraspeó el obispo tolosano—: si no quieren a la Iglesia, entonces que la teman.

—Excelente —asintió complacido Arnaldo Amalarico—. ¿Y vos, Domingo?

—Ya sabéis cuál es mi método.

—Predicar —respondió con cierto desprecio el legado papal.

—Así es. —El monje castellano no se amedrentó ante la inquisitorial mirada de Arnaldo Amalarico—. Con la predicación se puede conseguir que los pecadores vuelvan a Dios.

—Es posible, aunque tenéis un arduo trabajo si pretendéis que eso funcione en esta tierra de herejes —advirtió el legado papal levantando su dedo índice de manera amenazadora—. Necesitaríais un ejército de predicadores para salvar a todos los herejes del Languedoc.

—Quizás algún día lo tenga.

—No lo creo, no obstante vuestra reputación en estas tierras y también con el papa es amplia. Por ello, os quiero combatiendo a los cátaros con vuestros medios.

—Como ordenéis. —El monje castellano bajó levemente la cabeza—. Arnaldo, si el libro que ha mencionado el obispo existe, deberéis encontrarlo.

—Lo sé. —Los músculos en el rostro del legado papal se tensaron visiblemente—. No podemos permitir que gentes vulgares puedan acceder a él. Imaginaos un campesino o una simple mujer accediendo al contenido de ese libro, ¡corrompería sus almas para toda la eternidad!

—Es mucho más peligroso de lo que creéis —interrumpió el obispo de Tolosa—, y no es por esa gente humilde por quienes debéis preocuparos, sino por la nobleza. Esa es la razón de que la herejía se extienda sin control en el Languedoc. La nobleza, los grandes señores, la apoyan y consienten.

—¿Y por qué hacen tal maldad? —inquirió enojado Arnaldo Amalarico.

—Quizás porque les engañan con el libro —contestó pausadamente el obispo—, el conocimiento no puede estar al alcance de cualquiera, conocer es poder. Y el poder sólo debe estar en manos de la Iglesia.

3

Béziers, 21 de julio de 1209

Arnaldo Amalarico cabalgaba con destreza a lomos de un caballo negro, su porte era imponente. Una túnica de seda roja hasta las rodillas, con mangas amplias y cubierta por una capa pluvial blanca. Su cuello vestía collares de plata y una cruz pectoral dorada, bendecida por el mismísimo papa. Era un hombre corpulento, con una mirada dura e intransigente, que reflejaba su fanática religiosidad. Se sentía seguro y orgulloso de las decisiones tomadas en la catedral de Montpellier días antes. Profesaba el mayor de los desprecios hacia el joven líder de la casa Trencavel, Raimundo Roger, vizconde de Albi, Béziers y Carcasona. Había sido reconfortante verle arrodillarse ante él, rogando perdón y suplicando la oportunidad de unirse a la Santa Cruzada. Demasiado tarde. El vizconde había protegido a los herejes, incluso vivido con ellos. Las mujeres de su propia familia, su esposa y su hermana, habían abrazado al maligno. Ahora iba a llegar el turno de pagar por sus pecados y probar la furia de Dios.

—Eminencia, estamos llegando a Béziers —le informó Hugo de Valence, su ayudante personal, un monje de mirada apagada y rasgos vulgares.

El legado papal miró a lo lejos y pudo divisar las murallas del feudo de los Trencavel. Por fin, cuánto tiempo y esfuerzo le había llevado convencer al papa de la necesidad de convocar la primera de las Cruzadas en suelo cristiano, y por ello la más trascendental. Para él no había nada más peligroso que la herejía, ni siquiera los impíos sarracenos. Los musulmanes eran una enfermedad ajena al cuerpo cristiano, un mal que había que eliminar pero que jamás acabaría con la Iglesia de Cristo. La herejía era peor, un gusano que podía devorar la cristiandad desde dentro, abrir viejas heridas y corromper su espíritu. Era necesario acabar con cualquier signo de ella, por pequeño que este fuera y a cualquier coste.

Su plan estaba obteniendo los propósitos deseados. Había sido difícil mover todas las piezas de su puzle, pero su tenacidad se había visto recompensada. El 10 de marzo del año 1208, el papa Inocencio III había convocado un gran llamamiento para que todos los príncipes, nobles y gentiles hombres se unieran en armas para una nueva Cruzada ideada para defender los pueblos cristianos del Languedoc, aterrorizados por unos terribles adoradores del demonio. Las tropas dispuestas a combatir a los herejes se concentraron en Lyon en primavera. A la llamada de la Santa Cruzada acudieron vasallos del rey de Francia como el duque de Borgoña, el conde de Nevers, el conde de Auxerre,

el senescal de Anjou, el conde de Champaña. Con ellos llegó una masa de nobles, señores menores y caballeros. En el grupo de los preladados estaban los arzobispos de Sens, Rouen y Reims, y varios obispos.

El ejército lo completaba una multitud de sargentos, escuderos, peregrinos y voluntarios. Especialmente ribaldos, mercenarios en busca de aventura, fortuna e indulgencias. Juntos formaban un ejército inmenso de más de diez mil jinetes y cuarenta mil peones. Como las operaciones militares solían tener lugar entre San Juan y San Miguel, los preparativos se hicieron rápidamente para llegar lo antes posible al sur.

Todo parecía seguir sus objetivos, pero no había querido dejar ningún cabo suelto. Esperaba que, llegado el momento, uno de los prestigiosos nobles tomará el mando del ejército de Cristo y necesitaba que ese líder compartiera sus intereses. La gran cantidad de importantes caballeros norteños era cuantiosa y algunos de ellos de renombre. Todos deseosos de servir a la cristiandad. Sin embargo, también los había más interesados en obtener tierras y botín. No sería difícil encontrar entre ellos un noble ambicioso y codicioso, alguien capaz de dirigir militarmente la Cruzada y permanecer bajo su control. Ya habría tiempo para eso. Ahora que contaba con un ejército numeroso debía aprovechar su ventaja y actuar de inmediato.

—No te imaginas cómo ansío ver a esos herejes gritar y arrepentirse antes de morir —confesó el legado papal.

—Muy pronto lo harán, eminencia —respondió sumisamente Hugo de Valence.

La dinastía Trencavel, dominaba desde hacía más de dos siglos la administración del condado de Albi, y desde allí aprovechó en las décadas venideras para expandirse. Así se hizo con el control de las codiciadas minas de la región montañosa de Corbières y de la Montaña Negra; y accedió a los puertos del Mediterráneo.

El representante del papa cruzó a lomos de su corcel un riachuelo por un reducido vado y cabalgó hasta un altozano. Aunque era clérigo, montaba como un caballero y sabía manejar la espada con destreza. Cuando detuvo el caballo vio una hueste de unos cien caballeros que cabalgaban por delante de ellos.

—Hugo, ¿son norteños?

—No, creo que tolosanos, vendrán a unirse a la Cruzada.

—Ese maldito conde de Tolosa —la expresión del legado papal se agrió como la leche— es un estúpido, cree que hemos olvidado su traición. Es otro miembro del diablo, hijo de la perdición, criminal inveterado y un cajón repleto de pecados.

Las murallas de Béziers ya podían divisarse desde su posición, y frente a ellas una gran nube de polvo que señalaba dónde se ubicaba el campamento cruzado.

—Eminencia, ¿creéis que el pueblo de Béziers entregará a los herejes? —preguntó ingenuamente Hugo.

—Esos cristianos corrompidos se atreven a objetar e interpretar los sacramentos, se oponen a la jerarquía de Roma y afirman que Cristo dio por igual importancia a todos sus apóstoles. Cuestionan el bautismo, la eucaristía, la virginidad de María, la conversión del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo. Incluso predicán una idea malvada de la reencarnación. Afirmando que nos reencarnamos en animales, por lo que muchos rechazan comer carne —enumeró el legado papal ante la mirada de miedo de su sirviente—. Me da igual que entreguen o no a los herejes, la única manera de limpiar sus ofensas ante Dios ¡es con sangre!

Hugo admiraba al legado papal. Arnaldo Amalarico era uno de los más importantes e influyentes miembros de la Orden del Císter. El papa Inocencio III había recurrido a los cistercienses para combatir la herejía seis años atrás. El sumo pontífice envió entonces a dos legados de la abadía narbonense de Fontfroide, Raoul de Fontfroide y Pierre de Castelnou, a luchar contra la expansiva herejía cátara en el Languedoc. Arnaldo Amalarico, que era el abad de Citeaux y lo había sido antes del monasterio de Santa María de Poblet en tierras de la Corona de Aragón, se unió a su maestro Pierre de Castelnou un año después. Durante este tiempo había dado amplias muestras de su magnífica capacidad de organización y de liderazgo; de un carácter intensamente duro, intransigente, cruel y belicoso. Los cistercienses habían intentado realizar una labor de depuración del clero del Languedoc y también de conseguir que la nobleza se comprometiera a extirpar la herejía; ambas con escaso éxito.

Pierre de Castelnou, como legado papal, tuvo que excomulgar Raimon VI, conde de Tolosa, ya que este se negó a actuar militarmente contra los herejes. El conde era el señor más poderoso del Languedoc. Su enfrentamiento con Castelnou y los cistercienses en general, había sido una constante. La desgraciada muerte del legado papal dio a Arnaldo Amalarico la excusa perfecta para conseguir que el papa declarara la Cruzada. El sumo pontífice llevaba algún tiempo impaciente y desilusionado por los fracasos de la predicación que se había intentado en estas tierras, en especial por el monje castellano Domingo de Guzmán. Arnaldo Amalarico le convenció de que la única manera de acabar con el mal era la violencia.

—Las ciudades son abismos de perdición para el hombre y portadoras de gérmenes perniciosos —murmuró Arnaldo Amalarico—. Es en ellas donde el mal tiene mayor número de caras y más difícil es de identificar. La ciudad

corrompe a los hombres, el mal camina libre por sus calles y toma miles de formas.

La pareja de cistercienses llegó a orillas del río Orb, lo que pudieron ver desde allí los impactó. Cientos de caballeros norteños, miles de peones y los estandartes de las más prestigiosas casas del Reino de Francia ondeando en las tiendas. Un poder militar impresionante, una fuerza bélica sin igual; el ejército de Dios.

Recorrieron a lomos de sus caballos el campamento principal. Los caballeros normandos, borgoñones, germanos y lombardos destacaban por la calidad de sus armaduras y pertrechos militares. Sus armas se acumulaban fuera de las tiendas para ser pronto empuñadas. Grupos de peones formaban en las explanadas armados con lanzas y ballestas. Los sargentos preparaban los caballos de guerra para la batalla, mientras una decena de ingenieros trabajaban en una inmensa catapulta.

Hugo miraba asombrado a un caballero pelirrojo de enorme corpulencia, que manejaba una espada de proporciones que él no había visto nunca antes. Al pasar a su lado, vio como le daba un beso al afilado filo del arma y parecía hablar con ella, dedicándole palabras de amor.

Todo aquello llenaba de ilusión el corazón del legado papal. Un poderoso ejército de experimentados hombres de armas bajo sus órdenes. Las milicias de Dios por fin preparadas para entrar en combate.

Arnaldo Amalarico dejó su caballo al cuidado de Hugo y entró en la tienda donde estaban reunidos los jefes de la Cruzada.

—Caballeros, ha llegado la hora de hacer pagar a esos infieles su ofensa a Dios —pronunció a modo de saludo el legado papal mientras abría los brazos en gesto de bendición ante la cual todos inclinaron la cabeza.

—Legado, os estábamos esperando. —El duque de Borgoña se adelantó para recibir a Arnaldo, era uno de los nobles más importantes del Reino de Francia. Engalanado con una pomposa armadura que mostraba toda la grandeza de la casa borgoñesa—. Espero que estéis complacido con el ejército que hemos formado para vos.

—Dios seguro que lo está —respondió Arnaldo Amalarico, que a pesar de estar rodeado de la más alta nobleza cristiana, no podía evitar sentirse en un plano superior a ellos, no en vano él era el enviado del papa, su voz en estas tierras y el verdadero jefe de la Cruzada—. ¿Cuándo atacaremos?

—El vizconde de Trencavel ha fortificado Béziers —informó el conde de Nevers—. La ciudad está rodeada por el río que hace de foso natural, cuenta con robustas defensas y numerosos víveres almacenados.

—El vizconde, ¿ese cobarde ha huido? —preguntó Arnaldo.

—No exactamente, sabemos que ha marchado a reclutar refuerzos en la Montaña Negra y la zona rocosa de Corbières —comentó preocupado el conde de Nevers.

—¿Y qué? —musitó el legado papal—, contamos con un ejército de miles de hombres.

—Precisamente eso puede ser un problema. En campo abierto nuestra victoria sería segura, aplastante —insistió de nuevo el noble franco—. Pero nadie se atreve a entablar una batalla campal. Desde el desastre de Alarcos, donde el rey de Castilla estuvo a punto de perderlo todo; no hay ejército que ose arriesgarse a librar una batalla campal. Si los contingentes están equilibrados ninguno de los dos bandos se arriesga. Y si hay gran desproporción, el sitiado prefiere esperar detrás de sus defensas y el atacante asediarlo hasta su rendición definitiva.

—Eminencia —intervino el duque de Borgoña—, lo que queremos explicaros es que si tenemos que asediarlos, nuestro volumen se vuelve en nuestra contra. En un sitio, un ejército tan numeroso como este es difícil de alimentar. Además, el alistamiento en la Cruzada es por cuarenta días, después la mayoría de los caballeros volverán al norte y los voluntarios se irán a recoger sus cosechas.

—Entonces debemos asaltar Béziers de inmediato —sentenció Arnaldo Amalarico.

—No es tan fácil, eminencia —interrumpió el duque de Borgoña haciendo valer su prestigio militar—. Béziers es la antesala de Carcasona, es la principal defensa de la capital de este vizcondado. Una plaza densamente poblada, sus habitantes la defenderán a muerte.

—¡Pues que mueran entonces! Duque, esta ciudad representa la voluntad de resistencia de los herejes frente a nuestro avance, frente a la voluntad de Dios Todopoderoso —afirmó fríamente el legado papal mientras se aferraba a la cruz que colgaba de su pecho—. El futuro de Béziers puede marcar el de los acontecimientos venideros de la Cruzada.

—Lo sé, eminencia, pero está potentemente amurallada y el asedio es nuestra mejor opción, y aun así será trabajoso rendirla.

—No habrá ningún asedio, duque —sentenció Arnaldo Amalarico como si fuera poseedor de una razón absoluta.

—Es una plaza de grandes dimensiones, cuenta con una numerosa milicia y está fortificada para resistir cualquier ataque —insistió el conde de Auxerre ante la cerrazón del legado papal—. Tendremos que asediarla y no sabemos cuánto tiempo nos costará tomarla.

—Somos soldados de Cristo, nada nos detendrá. Ningún noble del Languedoc acudirá en ayuda del vizconde, ni tampoco el rey de Aragón. Preparadlo todo para el asalto —ordenó Arnaldo Amalarico ante el asombro de los nobles presentes—. Dios nos abrirá las puertas de Béziers. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

—Amén —respondieron todos los presentes.

El legado papal abandonó la tienda de los caballeros del norte, que resignados maldecían en voz baja la intransigencia del líder de la Cruzada. Hizo una señal a Hugo para que no le acompañara. Arnaldo Amalarico se dirigió caminando hasta una colina desde donde se dominaba toda la ciudad y el río que la rodeaba. Soplaban un aire cálido, proveniente del mar Mediterráneo. El sol empezaba a picar con fuerza. Oyó replicar las campanas de una de las iglesias de la ciudad.

«¿Acaso los herejes se burlaban de Dios? ¿Por qué llamaban a misa? El maligno siempre intenta confundir a los corderos», pensó.

Él era la máxima autoridad en aquel ejército y debía permanecer sereno.

—Hermosa vista —murmuró una voz entrecortada a su espalda.

Arnaldo Amalarico se volvió con tranquilidad, sin miedo alguno, y se encontró frente a la persona que estaba esperando.

—Has tardado, ¿dónde estabas?

—He tenido que aguardar a que estuvierais solo —respondió firmemente su nuevo acompañante.

El legado papal le observó con cierta indiferencia, era un hombre mucho más alto que él, fuerte y con larga cabellera. Por sus rasgos parecía germano o de las tierras más al norte. Tenía una cicatriz en el pómulo derecho, vestía como un vulgar campesino, olía a orín y eso le repugnaba. Sólo una hebilla metálica de bronce pulido, con un símbolo en forma de espiral sujetando un cinturón estrecho, destacaba en su haraposas vestimenta.

—Tenemos que tomar Béziers —afirmó Arnaldo.

—Será fácil, has conseguido reunir un ejército capaz de conquistar un reino. Los de la ciudad no se atreverán a asomar la cabeza fuera de las murallas. Con un firme asedio caerán con el paso del tiempo, como una fruta madura.

—No me has entendido, no tenemos tiempo. Debemos tomar la ciudad hoy —exigió Arnaldo Amalarico.

—Con todo el respeto, eminencia, eso es imposible —le corrigió el hombre mientras sacaba un cuchillo de su cinturón y lo limpiaba en sus ropas—. Si ordenarais asaltar las murallas sería una masacre, no lo conseguiríais.

—Hablas igual que los caballeros norteños.

—Me ofendéis. —Y soltó una carcajada fingida—. Ni siquiera un ejército como este puede tomar una ciudad de semejantes dimensiones al asalto. Las murallas son demasiado altas, cuenta con numerosas torres y la milicia estará bien armada.

—¿Y si entramos por la puerta? —El legado papal juntó sus manos a la altura del pecho sin dejar de mirar Béziers a lo lejos.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso? —inquirió sorprendido el extraño personaje.

—La naturaleza humana es débil y pecaminosa, tendemos a pecar, todos somos pecadores. Esos herejes más que nosotros, por eso arderán en el infierno. Y uno de sus mayores pecados es el orgullo.

—¿Qué insinuáis? —el hombre de la cicatriz en el rostro no dejaba de mirar a un lado y a otro, siempre alerta. Las palabras de Arnaldo Amalarico le parecían confusas y no entendía a dónde podían llevarle.

—¿Puedes reunir a un grupo de hombres? —inquirió el legado papal—, que sean los más alborotadores y estúpidos posibles, si están borrachos mejor.

—Tranquilo, no serán difíciles de encontrar, os lo aseguro, eminencia —contestó entre risas.

—¿Ves el río? Al este hay un puente de madera que lleva hasta una de las puertas de la ciudad. Id allí y provocad a los herejes.

—¿Cómo? —El acompañante del legado papal le miró con desconfianza.

—Insultadles, burlaos de sus mujeres, de su vida, de todo. —El volteo de las campanas volvió a alterar al legado papal—. ¿Por qué suenan? ¿Qué día es hoy? —se preguntó en voz alta—. Santa María Magdalena, eso es. Por alguna extraña razón, esos adoradores del gato tienen a la santa en alta estima. Por lo que he podido averiguar, incluso la igualan en importancia con los apóstoles. Algunos se atreven a blasfemar diciendo que ella es el primer apóstol, por encima de san Pedro.

—¿Una mujer?

—Sí, siempre ha sido una figura querida por los herejes. Creen que desembarcó cerca de aquí cuando huyó de Jerusalén. Estos salvajes desprecian las Santas Escrituras como el Antiguo Testamento, en cambio aceptan el Evangelio de San Juan, el único que da un papel relevante a María Magdalena.

—Sabéis mucho de ellos, de los infieles —comentó con maldad su acompañante.

—Para derrotar a tu enemigo debes conocerlo antes, saber sus debilidades y fortalezas —murmuró con una leve sonrisa Arnaldo—. Por eso, como nuestra llegada ha coincidido con la festividad de su querida santa, estoy seguro de que creerán que es un buen augurio. ¡Id allí e insultadla!

—¿A la santa? —preguntó sorprendido el secuaz.

—¿No me has oído? Como ya te he dicho, esos asquerosos herejes corrompidos por el mal son muy orgullosos. Y el orgullo es un pecado extremadamente fácil de utilizar. Id al puente y burlaos de santa María Magdalena. ¡A ver cómo reaccionan! Ve con pocos hombres, que el resto esperen ocultos cerca del río. —El legado papal se dio la vuelta y caminó de regreso al campamento—. No me defraudéis, Pierre, o lo pagaréis con vuestra vida.

Foix, finales de julio de 1209

Tras dejar atrás Benasque se introdujo en las tierras del condado de Foix, los Pirineos quedaban atrás, como gigantes durmientes de cabeza blanca. El valle del Ariège era abrupto y con frondosos bosques de diferentes especies de pinos. Descendió hasta abandonar las montañas y alcanzar la ciudad de Foix, fuertemente amurallada y coronada por un esbelto castillo con tres torres, la mayor de ellas de planta circular. La población era bulliciosa y le recordaba a su añorada Jaca. Los montañeses eran similares a los habitantes de la Canal de Berdún, zona de donde él provenía. Entre las calles repletas de puestos de comida y pieles se sentía como en casa. Sin embargo, el pelo corto y la barba rasurada de los hombres los distinguía de sus iguales del otro lado de los Pirineos.

El rey le había dado órdenes estrictas de buscar una casa frente al castillo con una cruz curvilínea cuyos brazos finalizasen en tres puntas, representada únicamente por su contorno y terminada en círculos rellenos.

No le costó dar con ella. Era una casona de dos alturas, con el tejado a cuatro aguas. En la entrada había una estantería con albarcas de diferentes tamaños, dentro del portal se disponían más estantes con botas y otros calzados.

Llamó con tres golpes. La puerta se entreabrió y unos ojos castaños le miraron fijamente. Él sacó de su bolsillo un amuleto en forma de pata de oca que le había entregado el rey y la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera entrar. En su interior, la casa tenía un amplio salón que disponía de chimenea. Allí reunidos había más de veinte hombres y mujeres, de largos cabellos y pies descalzos, que le miraron con expresión de sorpresa.

—Qué mala época nos ha tocado vivir para que tengamos que saludarnos con señas secretas si queremos sobrevivir. ¿Quién sois? —afirmó un anciano, con una poblada barba y vestido totalmente de negro.

—Me llamo Martín. —No esperaba aquel recibimiento, y a continuación sacó de nuevo la pata de oca que le había dado el rey.

—¿Quién te ha dado ese objeto? —preguntó el mismo hombre.

—Mi maestro me lo dio antes de morir y me dijo que podía venir aquí.

—¿Sabéis lo que significa? —inquirió el anciano a dos pasos de distancia de Martín.

—Supongo que se trata de un símbolo cátar. ¿Vosotros sois...?

—Somos buenos hombres —se adelantó antes de que el aragonés terminara su frase—: ¿y tú?

—Quiero serlo, mi maestro no pudo enseñarme mucho, murió al poco de acogerme —respondió Martín, que sentía como era observado por todos los presentes.

—Entiendo. —El anciano lo escrutó detenidamente—. Primero debes saber que cátaros sólo nos llaman nuestros enemigos, y después que esto que portas no es ningún símbolo. Sólo una manera de identificarnos en ciertas ciudades.

—Perdonadme. —Martín bajó la cabeza buscando la redención—. Mi maestro sólo tuvo tiempo para instruirme de manera básica en vuestra fe, tengo mucho que aprender.

—En esto último tienes razón y me alegro de que hayas hecho tan largo camino para ello. Nosotros sólo somos buenos hombres. —El anciano se acercó a él para verlo mejor y le cogió de los hombros—. Yo soy Antoine, perfecto de esta comunidad que vive en este valle de lágrimas, en este mundo de los sentidos.

—Lamento si os he ofendido.

—Tranquilo, hijo. Todos los días se desarrolla una pugna continua entre el Bien y el Mal; o dicho con otras palabras, la Luz y las Tinieblas. Es normal que estés confundido, ese es el estado natural de los hombres.

—Mi maestro me decía lo mismo.

—Entonces era un buen hombre. —Antoine dibujó una gran sonrisa—. No eres de por aquí. ¿Ese acento es castellano?

—No, del Reino de Aragón, nací en Jaca —confesó entre dudas sobre si era correcto decirlo.

—He oído hablar de esa ciudad, pasad. Siéntate junto al fuego. —El anciano le acercó una silla que había junto a una tabla sobre caballetes que hacía las funciones de mesa—. Vienes de lejos, estarás cansado.

—Creo que el viaje ha merecido la pena. —Martín saludó al resto de presentes con un movimiento de su mano y una inclinación.

—Hugonet —el perfecto llamó a un hombre fornido que se encontraba trabajando en un cesto de mimbre en una esquina del salón—. Por favor, daremos de comer a nuestro nuevo amigo. Esta casa, como las otras de nuestros hermanos, es un taller de trabajo y también una escuela para niños, hasta un hospicio. Si quieres descansar o tienes hambre, aquí te daremos cobijo y alimento.

—Quiero aprender vuestras enseñanzas. —Se apresuró a responder el aragonés.

—Bien, pero no tan rápido, todo a su debido tiempo. —El anciano le observó con detenimiento—. ¿Sabes diferenciar el bien del mal?

Tardó en responder, abrumado por las miradas de la gente de la casa. Le llamó la atención que todos los hombres vestían un sayal negro, llevaban barba y pelo largo. Parecían distintos de los varones que había visto a su llegada, todos con el pelo corto y rostro bien rasurado.

—Ya veo que no. El bien define el elemento constituyente del alma, encerrada en un forro de materia, nuestro cuerpo; el mal es todo aquello que se puede ver, oler y tocar.

—¿Todo? —Martín comprendió rápidamente que su misión no sería nada sencilla.

—Absolutamente todo, la realidad tangible es el mal. Y cada día, el Dios del espíritu se enfrenta al creador de la materia por lograr la primacía en la continua batalla entre el Bien y el Mal.

—No lo entiendo. —El joven no conocía la doctrina cátara y se mostraba confuso—. Nosotros estamos formados de carne, materia: entonces ¿somos malos?

—El Dios auténtico, el Príncipe de la Luz, ha dejado su destello, su huella, sólo en nuestro espíritu, en lo más profundo de nuestros corazones. Ese destello de luz es nuestra única posibilidad de eliminar el mal, para recuperar lo poco de puro que retenemos los hombres.

—Nuestra alma. —Dedujo el aragonés.

—Así es, nuestra alma es lo único de nosotros que fue creado por Dios. Es el único recuerdo de su creación que conservamos. El resto, todo, es obra del mal. Este cuerpo que poseemos ahora, es sólo una cárcel donde ha sido encerrado nuestro espíritu. Y en nuestra mano está liberarlo. Vivimos en esta tierra para hacer penitencia, para expiar su ruptura con Dios. Que en el albor de los tiempos nos había concebido como ángeles, pero caímos y sólo conservamos ese indicio de pureza. El retorno al cielo y la liberación es el fin supremo que suscita todas nuestras plegarias. Únicamente en el caso de que seas un perfecto, cuando mueras, tu alma ascenderá al cielo.

—¿Y si no lo somos? —inquirió Martín.

—El alma del no perfecto transmigrará las veces que haga falta, hasta haber cumplido la penitencia necesaria.

Martín no supo qué decir. Quedó como petrificado. Aquella fe se diferenciaba tanto de la suya que las palabras que escuchaba caían como una losa sobre su ánimo.

—Continuaremos después. —El anciano avanzó hacia el centro de la sala—. Tendrás hambre después de tan largo viaje.

Estaba hambriento, así que asintió con la cabeza, deseoso de llevarse algo a la boca. Se sentó a la mesa mientras hombres y mujeres preparaban la comida. Aquellos herejes parecían gente alegre y jovial, de todas las edades y condiciones sociales. Hablaban con simpleza y no parecían tener grandes aspiraciones.

Martín era cada vez más consciente de la dificultad que iba a tener para integrarse y entender aquella fe. Su rey le había enviado a una misión quizás demasiado complicada para él. Observó a aquellos hombres y mujeres y no

vio mal alguno en sus rostros, aunque se mostraban diferentes a él y a cualquier otra persona que hubiera conocido antes. Eran extraños y rebosaban una paz inmensa, casi imposible de creer.

Un campesino entró en la casa y se acercó al perfecto e hizo tres genuflexiones.

—Señor, bendecidme, rogad a Dios para que pueda ser un buen cristiano.

—Rogaré —confirmó el anciano serenamente.

—Gracias. —El campesino no soltaba la mano de Antoine—. He cometido un acto horrible y ahora me arrepiento profundamente, no sé qué hacer.

—Tranquilo, vos mismo decís que os arrepentís. Mirad en vuestro interior y encontraréis la manera de reparar el daño que habéis causado. Rezad, hablad con Dios porque él os escucha y os ayudará. No atormentéis más vuestra alma.

Antoine oró pausadamente con aquel hombre y después, el campesino se marchó feliz y, finalmente, todos se sentaron a la mesa. El perfecto empezó a cortar el pan y a entregar una rebanada a cada comensal.

—Benedicidme, señor. —Le rogó la muchacha a su lado.

—Que Dios os bendiga —respondió él, y repitió la misma ceremonia con cada uno de los presentes.

La comida parecía sencilla, pescado, nabos hervidos y almendras. Había vino, pero estaba aguado, ni rastro de carne, huevos, queso o mantequilla. La comida estaba presentada en escudillas y le habían dejado cuchara y cuchillo para que los usara. Mientras comían se recitó el padrenuestro y se bendijo el pan. Comió con ellos y después le acompañaron al piso superior. Entró en una habitación sencilla, que contaba con una cama y un arcón.

—En esta cama suelen dormir hasta seis personas, hoy vas a tener suerte porque algunos de nuestros compañeros están de viaje —explicó Antoine—, así que descansarás tú solo.

La cama era una mera caja de madera rellena de heno; como almohadas se disponían unos sacos con paja. El viaje desde Aragón había sido largo, se acostó y no despertó hasta el día siguiente.

Era mediodía cuando bajó a la sala principal y allí estaba Antoine comiendo una especie de brotes verdes con un caldo caliente.

—Nuestro nuevo amigo parece que ya ha dormido bastante.

—Lo siento, estaba exhausto del viaje desde Monzón.

—¿Monzón? Creía que veníais de Jaca —apostilló el perfecto.

—Sí, pero para cruzar los Pirineos pasé por esa ciudad. —Martín se había dado cuenta de su error e intentaba solucionarlo.

—¿No cruzasteis por el Somport? —preguntó sorprendido Antoine.

—Lo hice por Benasque y Bielsa, tengo un tío en Monzón y quería despedirme de él.

—Allí hay una fortaleza templaria —comentó el perfecto.

—Así es. Aunque no la he visitado nunca.

—No me extraña, los templarios no dejan entrar a cualquiera en sus posesiones.

—Parece que los conocéis bien. —Martín intentó desviar el tema de la conversación.

—Eso es porque hace mucho tiempo fui uno de ellos —afirmó Antoine mientras masticaba, sin mucho éxito, los brotes verdes.

—¿Vos erais templario? —Se sorprendió Martín—. ¡Un caballero de la Orden del Temple!

—Sí, hace mucho de todo aquello. —Antoine hizo un gesto con su mano como no queriendo hablar del tema—. Fue cuando era joven, en Jerusalén.

Martín no salía de su asombro. Por un momento se imaginó a aquel hombre ya anciano, enfundado en una armadura, con un estandarte blanco y una cruz roja sobre el pecho, luchando con una gran espada frente a los sarracenos.

—¿Habéis estado en Tierra Santa? —El aragonés se mostraba nervioso por saber más.

—Ocho años —respondió el perfecto—, aquello me sirvió para descubrir la verdadera fe, la que proviene de la sencillez y la santidad de los apóstoles, y que está reflejada en el Nuevo Testamento. Lo leí en latín y ahora lo he traducido a la lengua de oc.

—¿A una lengua romance? —E hizo un movimiento brusco, muestra de su nerviosismo.

—Para que puedan leerlo todos los hombres.

—La Iglesia es contraria a que gente no formada pueda leer las Santas Escrituras.

—Ese es un error lamentable que esperamos subsanar. Todos los hombres tienen derecho a leer la palabra de Dios.

—Si lo hacen, pueden interpretarla erróneamente. ¡Es peligroso!

El aragonés no estaba cómodo en la conversación e intentaba razonar lo mejor posible ante aquella actitud contraria a los dogmas de la Iglesia.

—¿Peligroso leer la palabra de Dios? Esa es la más terrible de las mentiras de la falsa Iglesia de Roma —lamentó el perfecto—. Todos debemos poder leerla.

—Los sacerdotes son los que tienen los conocimientos para interpretarla adecuadamente, nosotros no somos capaces.

—Te recuerdo que hay una Cruzada ordenada por la Iglesia para masacrnos. ¿Crees que hay algo de eso escrito en las Santas Escrituras? —Antoine cogió aire—. La Iglesia es la madre de la fornicación y la abominación. Todo en ella es falso.

Martín no respondió, no se atrevió. Pero su sangre hervía por dentro. ¿Cómo era aquel hombre capaz decir tal barbaridad de la Iglesia? ¿Cómo

alguien que era la viva imagen de la cordura y la paz, podía blasfemar de esa manera tan obscena? Además, había sido un templario, un soldado de Cristo.

Pasados varios días, el aragonés se adaptó rápidamente a la vida en aquella ciudad, gobernaba por el conde de Foix. Un caballero que había participado ya en la última Cruzada contra Tierra Santa, la cuarta que se realizó. Todos decían de él que era un verdadero señor de la guerra, fiel al rey de Aragón y que repudiaba al clero católico por sus riquezas y forma de vida. Contaba con una buena mesnada de caballeros montañeses, duros y valientes, que se comentaba que tenía poco que ver con otros del Languedoc, especialmente con los del acomodado conde de Tolosa. Más predispuestos a participar en torneos y cortejar a las damas de la nobleza siguiendo las reglas del llamado «amor cortés», que a luchar en campo abierto.

Inicialmente el conde de Foix había colaborado con la Cruzada, durante los meses de julio y agosto, sin embargo en septiembre cambió de opinión y se enfrentó militarmente a los cruzados. En noviembre, con la negativa de Pedro II de reconocer a Simon de Montfort como vasallo, su intención de rebelarse contra los invasores se había acentuado.

En su segunda semana en Foix, cayó en la cuenta de que no había comido carne desde su llegada y preguntó a Antoine dónde había caza en estas montañas.

—Además de los votos de pobreza y de continencia, junto con la promesa de practicar todas las virtudes cristianas, no comemos nunca alimentos cárnicos y vivimos del trabajo de nuestras propias manos, como ordenaba san Pablo. —Antoine parecía ser un hombre de una paciencia infinita—. Ayunamos tres días por semana, durante los cuales sólo nos alimentamos de pan y agua, así purificamos nuestro cuerpo. Nos sometemos a cuaresma en tres períodos del año: Navidad, Pascua y Pentecostés.

—El trabajo manual es para los *laboratores*, no para nobleza y el clero.

—Nosotros valoramos el trabajo, no lo consideramos infame. Mira esta casa, es un lugar abierto, de paso. Acogemos a todo el que lo pide y no pedimos nada a cambio. Queremos, mejor dicho, debemos vivir de nuestro propio trabajo, sin limosnas ni diezmos.

—¿Y los nobles?

—Si quieren ser buenos hombres, también deberán trabajar. Aquí tienes el ejemplo. —Señaló a una mujer de piel pálida, casi transparente; con el pelo rubio y desgastado, de aspecto vulgar; que arrancaba malas hierbas en el jardín detrás de la casa—. Su padre tenía títulos y tierras, sin embargo ella está aquí, con nosotros. Trabajando como cualquier otro.

—Esto es increíble —dijo abrumado Martín—, en vuestra casa hay nobles y siervos, y comparten la mesa juntos.

—Para Dios todos somos iguales.

—Sí, es verdad. Lo que sucede es que yo no lo había visto antes en ningún otro lugar.

—Entonces es que no has estado en los sitios adecuados. No importa cómo o dónde haya nacido uno en este mundo, sino lo que somos en el otro. —Antoine miró a Martín a los ojos—. Debes entender que no creemos en la violencia, por lo tanto, la nobleza no tiene que protegernos, ni luchar ni cazar animales. No admitimos tal práctica, nuestros cuerpos son prisiones de carne para nuestro espíritu. Igual que nuestra alma ha sido encerrada en un cuerpo de hombre o mujer, también puede serlo en uno animal.

Si decir nada, Martín tragó saliva.

—Solamente podemos comer peces que, como bien sabes, nacen espontáneamente en los lugares con agua, sin copulación alguna.

Martín se quedó totalmente impresionado con aquellas revelaciones, gentes que no comían carne; clero y nobleza trabajando con sus manos, creencia en la transmigración de las almas. No podía creer todo aquello.

Además del tema de la comida, el del trabajo le supuso una grata sorpresa. Pronto entendió que aquella casa era un taller artesanal y un convento al mismo tiempo. Confirmó que muchos de los allí presentes eran de origen noble. Entonces lo vio claro, los perfectos cátaros eran a la vez clero regular y secular, monjes y curas. Sus ideas suponían destruir la estructura social, puesto que con ellos ni la nobleza ni el alto clero eran necesarios. Empezó a entender por qué eran tan peligrosos para Roma. Pero necesitaba saber más, el rey de Aragón no se conformaría con aquello.

—¿Quién es el jefe de vuestra Iglesia?

—No hay sumo pontífice.

—¿Y el *consolament* en qué consiste exactamente? He oído hablar de él.

—Veo que estás interesado y eres curioso —comentó el perfecto—. Es la recepción del Espíritu Santo consolador. Sólo se puede recibir cuando se acepta la religión o cuando se muere.

—¿Es como el bautismo?

—Podemos decir que es un bautismo, aunque justo. No aprobamos que se bautice a niños que no saben el significado de ese sacramento. El *consolament* sólo se practica a adultos, a petición expresa y si son dignos de él. Para ello deben superar antes un período de prueba.

Martín no dejaba de sorprenderse ante la coherencia de las palabras del perfecto, comprendió pronto por qué aquella herejía tenía tanto éxito. Además de la casa cátara, recopiló información de la ciudad de Foix. En sus calles abundaban los trovadores, que recitaban canciones en lengua de oc, un idioma realmente hermoso, armonioso, casi musical. Él no tenía problemas para entenderlo. Hablaba aragonés, catalán, la lengua de oíl de los francos, el provenzal y el latín. Y con su tío había aprendido palabras de árabe, hebreo y portugués en los libros. Siempre había tenido facilidad para el aprendizaje de

lenguas. Pero sin los escritos que su tío le había proporcionado cuando era un niño, nunca hubiera podido aprenderlas.

El joven jaqués descubrió con sorpresa que el Languedoc era una tierra bella, impregnada de felicidad, de historias de amor, tierra de juglares, de hombres y mujeres que vivían en paz. Y no el terrible lugar que se describía en las iglesias de su tierra, corrompido y decadente, para incitar a los católicos a unirse a la Cruzada.

Precisamente, la actitud de las mujeres de Languedoc fue uno de los rasgos que más le sorprendieron. En Foix, hombres y mujeres eran tratados por igual. Había numerosas damas jóvenes sin marido y también viudas. Sólo existían matrimonios antiguos, pero por lo que podía sospechar aquello no impedía que yacieran con otros hombres. Sin embargo, Antoine le había explicado que la procreación suponía traer nuevas vidas a este mundo material y corrompido, por tanto era un acto que te condenaba a proseguir la penitencia.

Por mucho que el sexo se considerara pecaminoso, la realidad era que la mayoría no parecía cumplir con la castidad. A diferencia de la Iglesia católica donde se ocultaba, aunque era sabido que hasta los papas tenían hijos y amantes; aquí, en cambio, se trataba todo con naturalidad.

Él entendía lo difícil que resultaba la castidad y más en Foix. Las mujeres del Languedoc eran realmente hermosas, altas y con la piel pálida, parecían dulces y, a la vez, cariñosas y amables. A pesar de ello ninguna había prendido su corazón.

Con el tiempo Martín fue poco a poco teniendo más autonomía en la casa. La mayor diferencia con el resto de habitantes era que él no salía a predicar con sus compañeros. Por lo que en muchas ocasiones se quedaba solo en ella, encargado de cuidarla y limpiarla.

Uno de esos días alguien llamó a la puerta y al abrirla se encontró con una preciosa joven que llevaba una saya ajustada con cordones en ambos costados, con el arranque de las mangas en los hombros, parecía más un adorno de tela que una manga. Las llevaba enrolladas en torno al brazo hasta el codo, dejando colgar la bocamanga. Su pelo estaba suelto y era negro como la noche. Lo cual le perturbó. Él no estaba acostumbrado a ver el cabello de esa manera en ninguna mujer de Aragón, donde las damas llevaban el pelo recogido recelosamente en una toca, como mandaba la decencia y el decoro. En su tierra, estaba mal visto llevarlo suelto, ya que tal costumbre se relacionaba con la lujuria.

Los ojos de la dama también le sorprendieron, eran extraños, uno era oscuro y el otro claro. Sus mejillas estaban sonrojadas por el frío y sus labios eran gruesos y coloridos. La luz de la calle la iluminaba como a una princesa. Por un instante, él no supo qué decir y se quedó petrificado.

—¿Está Antoine? —preguntó la visitante con una dulce voz.

La dama no obtuvo respuesta.

—Venía a ver al perfecto, puedo volver más tarde si no se encuentra en la casa ahora.

—No.

—No está, gracias. —Y la dama retrocedió para marcharse y su espléndido cabello brilló bajo el sol hipnotizando a Martín.

—Perdona, ¡no!, quiero decir sí, sí está. —El aragonés dio un par de pasos al frente.

La joven no pudo contener la risa, que contagió a Martín.

—Entonces, ¿sí está? —preguntó ella con cara de no entender nada de lo que balbuceaba el muchacho.

—No, ha salido de viaje.

—¿Quién eres? —inquirió la dama con una expresión que evidenciaba cierta sorpresa y curiosidad—. Nunca te había visto antes por aquí.

—Soy Ma-Martín —tartamudeó nervioso.

—Hablas de una forma curiosa, ¿de dónde eres? —La muchacha se acercó de nuevo.

—Soy aragonés, de Jaca —contestó de manera más firme.

—Así que aragonés, ¿y vives aquí?

—Sí, he venido hace unos días, estoy aprendiendo del perfecto.

—Me alegra que abras nuestra fe. —La dama se dio la vuelta—. Volveré más tarde para ver a Antoine. Hasta pronto, Martín. —Se marchó sin decir nada más.

Escuchó pronunciar su nombre y fue como si cada letra que susurraban aquellos labios se transformara en una caricia. Se quedó confuso y aturdido todo el resto de la mañana. Ayudó a cuidar a los niños de la casa y trabajó la tierra que había detrás, hasta que el perfecto volvió.

—Ha venido una joven a veros —le informó en cuanto lo vio, con una estúpida sonrisa en su rostro.

—¿Quién?

—No sé. —Martín no se atrevía a explicar la belleza de la dama.

—¿Era hermosa acaso? —preguntó sonriente Antoine.

—Sí, quiero decir, un poco —se contradijo—: supongo que sí lo era.

—¿Morena? —Martín asintió—. ¿No tendría cada ojo de distinto color?

—Creo que sí. —Sabía perfectamente como era, aunque quería disimularlo.

—¿Crees? No es un rasgo demasiado frecuente. Por tu forma de actuar, deduzco que sería Isabel de Foix, la sobrina pequeña del conde.

—No dijo cómo se llamaba.

GLOSARIO DE PERSONAJES

(por orden de aparición)

h.: personaje histórico

f.: personaje de ficción

Domingo de Guzmán: h. Santo y fundador de la Orden de los Dominicos.

Fulco de Marsella: h. Obispo de Tolosa y antiguo trovador.

Arnaldo Amalarico: h. Abad del Císter, legado papal.

Hugo de Valence: f. Ayudante del legado papal.

Pierre: f. Mercenario.

Sébastien: f. Voluntario cruzado de París.

Marie: f., habitante de Béziers.

Martín: f. Joven aragonés.

Berenguer de Narbona: h., arzobispo de Narbona.

Miraval: h., trovador.

Isabel de Foix: f., sobrina del conde de Foix.

Simon de Montfort: h., vizconde de Béziers y Carcasona, líder de la Cruzada.

Miguel de Luesia: h., noble aragonés, mayordomo real.

Pedro II: h., rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier.

Antoine: f., perfecto cátaro de Foix.

Juan de Atarés: f., ayudante del legado papal.

Pierre de Vaux-de-Cernay: h., monje cisterciense, sobrino de Montfort y cronista.

Batiste: f., arquero de Foix.

La Loba: h., Etiennette de Pennautier, señora de Cabaret.

Dalmau de Creixell: h., noble catalán.

Robert de Mauvoisin: h., lugarteniente de Montfort.

Alain de Roucy: h., caballero cruzado.

Florent de Ville: h., caballero cruzado.

Guillaume: h., sacerdote experto en máquinas de asedio.

Inocencio III: h., papa de Roma.

Guillermo de Almazán: f., caballero castellano a las ordenes de Pedro II de Aragón.

Hugh: f., caballero normando de la Cruzada.

María de Montpellier: h., esposa de Pedro II, reina de Aragón.

Raimon Roger: h., conde de Foix.

Raimon VI: h., conde de Tolosa.

Alfonso VIII: h., rey de Castilla.

Sancho VII el Fuerte: h., rey de Navarra.

Diego López de Haro: h., señor de Vizcaya.